

## Prólogo

¿Por qué las personas que más me conciernen tienen el agrado de hacerme daño?

Mi amigo corría delante mío, su figura a medida que avanzaba se hacía más ligera, su cuerpo perfectamente trabajado se movía ágilmente entre los árboles frondosos, las malezas y los arbustos que decoraban nuestra hermosa selva misionera.

No me quedaban fuerzas, las piernas me flaqueaban conforme avanzaba, el sudor corría por mi rostro y espina dorsal. Estaba asustada, recorrimos como máximo quinientos metros desde la casa de cristal y para colmo las náuseas que sentía dentro del estómago eran infernales. No había comido desde anoche, lo único que me alimentaba era un brebaje, que por cierto tenía un sabor desagradable. Pero lo tomaba inmediatamente para evitar sentir la efímera sapidez recorriendo las paredes angostas de mi faringe, aunque debía reconocer que era el mejor alimento en esos momentos.

El muchacho que venía tras mío, a por mí, y me había mantenido cautiva, atada a una silla y tapada de ojos, era muy veloz. Sus pasos crujían sobre las hojas y las ramas que arrasaba a su paso.

La noche estaba apagada, ni una sola estrella brillaba en el cielo, los búhos ululaban bajo el firmamento de la luna, provocando que me estremezca a cada segundo que pasaba. La sangre zumbaba en mis venas provocando que el miedo me abrace por completo.

-Corre, no pares.- Grita mi amigo que va unos pasos adelante.

Las lágrimas amenazaban con salir de mis ojos, pero no me podía dar por vencida. Debía salir viva de allí, si hubiera dado paso al semblante de mi mejor amiga, dejándola explicar todos los acontecimientos que fueron propagándose, sería muy probable que no me encontraría en esta situación tan enfermiza.

Acelero como puedo mis pasos. Temía resbalarme y perder el equilibrio ya que el camino estaba lleno de pozos, ramas y troncos de diversos tamaños consecuencia del gran deterioro vegetal debido a los años de antigüedad.

Correrás todo lo que quieras, pero de mí no podrás esconderte, y ni tu amiguito tendrá las habilidades necesarias para salvarte.- Espeta la grave voz del joven por detrás.

Aquella dicción estaba ligada familiarmente con mi entorno, pero en estos instantes no podía pensar más nada que en correr.

-Creí que en estos treinta días que te tuve bajo mis manos sin alimentarte como corresponde y lejos de todos, serías más débil, pero me equivoqué, mi niña.- Dice el muchacho largando una sonora carcajada burlona.

Mi niña. Con ese apodo me bautizó Edwin, mi amigo.

No puede ser, ¿Será posible que él sea el autor de todo esto?

¿Y cómo es eso de que estuve unos meses bajo sus manos, si mi remota ausencia se transporta desde ayer?.

Todo a mi alrededor comienza a darme vueltas, la visión se borra poco a poco.

Mis piernas se dan por vencidas. Caigo en seco dentro de un pozo, o eso me pareció. Mi voz estaba apagada y el dolor se apoderó de mí debido a la amortiguación del golpe.

-Dije que podías correr pero no esconderte.- Manifiesta

llegando a mi lado, agitado por el esfuerzo que ha hecho por correr hasta aquí. Su sonrisa era malévola. Llevaba puesto una gorra color azul lo que me impedía ver su rostro. Pero estaba segura, no había más vueltas que dar ni pistas que encontrar, era Edwin, aquel chico que se hizo pasar por mí amigo con el propósito de secuestrarme y hacerme quien sabe qué. Aunque todavía no tengo la más mínima idea que pude a ver hecho para que desate su iracundia y rencor hacia mi persona. Y luego me preguntan por qué no creo en el amor. Amar no es sólo el sentimiento mutuo que se profesan entre dos personas como un momento de atracción sexual y emocional, va más allá de eso, es el afecto, la confianza y seguridad que depositas en los demás haciéndolos formar parte de tu vida como un pedacito de tu ser, tratando de conocerlos abriendo paso para dejarlos entrar a tu alma y tu corazón. Sin amor

no comprenderíamos la fuerza vital de la amistad, no seríamos felices, viviríamos dentro de una caja negra y sellada, en resumen el amor es la puerta a la prosperidad y bienestar para sobrevivir a este mundo cegado de tristeza, mala racha y calamidades. Pero también debemos estar seguros a quienes abrimos nuestro núcleo

sanguíneo, no todas las personas son lo que parecen, no todos quieren vernos felices. Lastimosamente de los siete billones de individuos que habitan en el planeta fui quien corrió con esa mala suerte. Confié, creí y amé a gente ataviada de seres llenos de amor y sinceridad, que en cambio eran todo lo contrario, vestían una doble personalidad y me dogmaticé que eran parte de mi vida como seres fieles.

Ahora estoy aquí con la única persona que realmente se preocupó por mí después de todo lo que sucedió, con quien nunca me abandonó, y es en estos instantes en donde me pregunto ¿dónde está mi círculo pequeño de amigos quienes ante cualquier circunstancias siempre me acompañarían? Es ahí cuando te das cuenta quienes valen realmente la pena tener en tu vida y llamarlos "amigos".

Mi agresor toma una estaca del suelo, su sonrisa se ensanchaba cada vez más.

-Debí hacer esto desde el primer momento.-

Las lágrimas salían a garrotes de mis ojos, cubriendo mis mejillas por completo, mezclándose con mi transpiración y formando un sabor salado, en ese momento tuve entonces la abrumadora convicción del peligro inminente por el que estaba transitando.

-Edwin.- Digo sollozando. -Tú no traicionabas, ¿Recuerdas?

Me lo dijiste una vez.- Me limito a decir, me costaba horrores articular las palabras, estaba dolida, y no solo por el tremendo golpe que me di, sino porque una de las personas que más quiero y más confiaba acaba de fallarme nuevamente.

Sonríe malicioso.

-Siempre hay una primera vez. Pero que ingenua eres. Lamento decirte que tu amigo quedó fuera del mapa hace mucho tiempo.-

Juro que miles de pensamientos desgarradores viajaban dentro de mi mente, no describo el sonido que emití al oír esa declaración, me quedo sin habla, sé por su expresión lo que me quiere decir. ¡Mi amigo está muerto!.

Pero antes de poder reaccionar, siento un golpe profundo en el cráneo.

-Elena.- Escucho gritar desde lo lejos a Rafa antes de perder la conciencia.

Oscuridad. Había oscuridad.